

LA NOVELA
del SABADO

Pipo, perro



Nº 45

Antonio Pérez Sánchez

Pipo, el perro, narra su vida, el paso por diversos amos cada vez más crueles y cómo esto le va sirviendo de aprendizaje, le va enseñando a ser astuto y precavido...



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

A LOURDES

EN AUTOPULLMAN
SALIDA EL DIA 1.º DE CADA MES

Cinco días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS, SAN SEBASTIAN,
LOURDES, CANFRAC Y ZARAGOZA
REGRESO A MADRID

ORGANIZADO POR:

WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14,
Palace Hotel o en cualquiera
de nuestras agencias de
España

PRECIO DESDE

1.600 PESETAS



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

DE NUESTRO CONCURSO

Por omisión en el número anterior no se incluyeron los nombres de los autores de las obras seleccionadas que son los siguientes:

- “**El mercado**”.—Ignacio Aldecoa, Paseo de la Florida, 63. Madrid.
- “**Teresa Ferrer**”.—Rafael Azuar, calle Sales, 2. Alicante.
- “**Estado: soltero**”.—José Luis Acquaroni, Caballeros, 11. Sanlúcar de Barrameda.
- “**El tonto**”.—Luis Molina Santaolalla, Almirante, 10. Madrid.
- “**El secreto del esqueleto blanco**”.—Juan Antonio Cabezas, Emilio Carrere, 7. Madrid.
- “**Memorias de una estrella**”.—Josefina de la Torre, Bailén, 15. Madrid.
- “**Mamá escritora**”.—Carmen de Villalobos, Bailén, 93. Barcelona.
- “**París**”.—Leandro Navarro Ungría, Juan de Mena, 10. Madrid.
- “**El afán de vivir**”.—Antonio Fortes Monclus, calle Julio del Campo, 10. León.
- “**Salirse**”.—Luis González Salcedo, A. Sáinz de aBran-da, 24. Madrid.
- “**Viaje sin remedio**”.—Francisco Alemán Sáinz, García Alix, 2. Murcia.
- “**El mes de Julio**”.—María de la Consolación Riaza Pérez, Tetuán, 3. Madrid.
- “**Hombres lejanos**”.—Triny Mollar, Alcalá, 6. Madrid.
- “**La promesa**”.—Fernando Bermúdez de Castro, Fernán González, 50. Madrid.
- “**La asegurada**”.—Pilar de Cuadra y Eclaide, calle Miracruz, 6 y 8. San Sebastián.
- “**El tetragonista**”.—Ivan Guardiaz, Gobela, 26. Las Arenas (Vizcaya).
- “**Pelegrina y Aleandro**”.—Antonio Pérez Sánchez, Donoso Cortés, 18. Madrid.
- “**Los bancos son de piedra**”.—Carlos Clarimón Lafarga, Claudio Coello, 52. Madrid.

PROXIMO NUMERO

46. El buen Sancho, de "Azorin".

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

29. ¡Bienvenido, Mister Marshall!—Bardem, Berlanga y Mihura.
 30. Historia de "Farol"—Carmen Nonell.
 31. La niña de la calle del Arenal.—Edgar Neville.
 32. Un caballero desconocido.—Eduardo Marquina.
 33. El secreto.—Mercedes Fórmica.
 34. Dos corazones con ruedas.—Juan A. Cabezas.
 35. La otra ciudad.—Elena Quiroga.
 36. Los mejores cuentos de Navidad.
 37. El fin del mundo.—J. A. Giménez Arnáu.
 38. Lluvia de arena.—Claudio de la Torre.
 39. Los últimos de Filipinas.—Enrique Llovet.
 40. La gorriona.—Padre Luis Coloma.
 41. El vagabundo.—Ramón Ledesma Miranda.
 42. Martín Nadie.—C. Fernández Luna.
 43. La guerra de Dios.—Vicente Escrivá.
 44. Eclipse de Tierra.—Mercedes Ballesteros.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":	
A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

A NUESTROS CONCURSANTES

Los ejemplares presentados al Concurso de "LA NOVELA DEL SABADO" estarán a disposición de quienes acrediten ser sus propietarios en Valverde, 30, hasta primero de abril. Los que no hayan sido retirados a partir de esta fecha, se entenderá que renuncian a ellos.

Ésta es la vida, Pleberio...

(De «La Celestina»)

I

Mi despertar a la vida fué demasiado feliz. Me hizo valorar con exceso mi importancia como individuo y colocó entre el mundo y yo, el cristal deformante del optimismo.

Me veo por primera vez en brazos de Merche. Soy un cachorro recién destetado. Ella me dedica mimosas lagoterías y yo gruño con satisfacción. Me coloca en el suelo y paseo muy ufano, erguido el rabito, haciendo carantoñas y lanzando unos ladridos encantadores. Merche me sirve un plato de leche y se solaza viendo cómo sumerjo en el albo caldo mi rosada lengua, con impaciente glotonería.

Junto a mi dueña hay un hombre. La tiene abrazada por la cintura y también me contempla con benevolencia.

—¿Tú crees que enderezará las orejas, Paco? —inquiere ella.

—¡Ya lo creo! No hay más que verlo: es un lobo de pura raza. Por eso te lo he traído.

—¡Qué lindo! ¡Míralo, parece un osito! Es nuestra mascota.

Se besaban. Yo ladeaba un poco la cabeza, para contemplarlos con curiosidad, y aplaudía con ladridos aproba-

torios. El hecho de que los humanos se prodigasen arrumacos me satisfacía. Las cosas marchaban.

Tales fueron mis primeros tiempos: halagas y caricias. La casa donde vivía era cómoda, espaciosa y estaba rodeada por un jardín; por doquier holgaba yo a mis anchas, inquieto como un argadillo, lleno de amistosos sentimientos hacia todo el mundo.

De aquella época fugaz no puedo contar mucho porque las horas regalonas tienen poca historia; no son propicias a la meditación y, por ello cuando uno trata de recordarlas se presentan como un relámpago fugaz, sin matices. Un día, que a la larga habría de serme aciago, Paco dejó de venir a la casa. La felicidad ofusca de tal modo para la visión de las cosas, le hace a uno tan imbécil, que no se da cuenta de nada. Así yo, al pronto, no me percaté de la importancia que la ausencia de Paco podía tener para mí. A los pocos días entraba en la casa un nuevo hombre que me resultaba bastante antipático, porque cuando me cruzaba en su camino me decía despectivamente: «¡Hola, bicho!».

Sin embargo todo proseguía, al parecer, su marcha bonancible. Merche se besuqueaba con Luis —que tal era el nombre del intruso—, de la misma forma que antes lo había hecho con Paco y yo continuaba siendo el objeto de su mimo. Tenía ya cuatro meses.

Mas cierto día todo cambió repentinamente. Estaban juntos mi dueña y el intruso y al acercarme yo a ellos, éste me rechazó con el pie.

—No sé cómo te puede gustar este chucho —manifestó a Merche.

—¡Pobre *Pipo*! ¡Si es una monería! Y además, de pura raza.

—¿Pura raza con estas orejas? ¿Quién te ha engañado? Se advierte a la legua que es un chucho. Mira qué patas: de perro de ganado. Vas a tener un burro, en lugar de un perro.

Merche me contempló con aire crítico; la duda había anidado en su espíritu. Desde entonces se mostró conmigo recelosa, sin que ninguna de mis gracias fuese bastante a ganarme de nuevo su corazón. Si me acercaba a ella, cogíame las orejas con sus hermosas manos y me las estiraba hacia arriba, haciéndome cosquillas.

—¿Por qué no las tienes así, *Pipo*?

Por mi parte, encontraba absurdo todo aquello. Me parecía imposible que estando yo repleto de amistosos y perfunos sentimientos de adoración hacia mi ama, se interpusiese entre nosotros una futesa semejante. Cuando me contemplaba en el espejo, la situación se me antojaba ridícula. Tenía el pelo pardo y rizado, el hocico alargado, negruzco; yo me encontraba bello y mis orejas me parecían magníficas, sin problema. Para estudiar su efecto las enderezaba ante el espejo y las miraba allí; todo lo que ocurría es que la punta no mantenía la línea erguida del resto y se caía hacia dentro.

—Pero, bueno —me decía yo—. ¿Qué tendrá esto que ver? Aquí tiene que existir un error.

Hice los máximos esfuerzos por reconquistar el corazón de Merche, sin saber, como he aprendido más tarde, que el cariño se gana porque sí y que cuando se esfuma es inútil tratar de retenerlo. Recurrí a garatusas y aspavientos que no me sirvieron de nada. Día a día separábase ella más de mí y cuanto más la hacía la mamola, con mayor despego me trataba. Recuerdo que una vez —¡oh, dolor!— me llamó chucho.

Un día aconteció algo espantoso. El tipo aquél se presentó en casa con un revoltijo negro y peludo bajo el brazo. Lo colocó en el suelo y se lo mostró a Merche.

—Fíjate qué «cocker». Esto es un pura raza y no esa bierria que tú tienes.

—¡Qué preciosidad! Podría sacarle a escena, en mis brazos...

Acongojado, observé la masa negra, que me miraba con aire impertinente. Tenía el cuerpo alargado, negro y caído el pelo, que le colgaba por los flancos. Merche lo tomó en sus brazos, le prodigó mil caricias. El gozquecillo las soportaba con aire indiferente; vi que tenía los ojos casi cerrados de pelo y la barriga blanca. Exasperado de celos, me acerqué a él en cuanto pude, arrufándole con ira. El animalejo huyó cobardemente, dejando en el suelo las huellas húmedas de su terror. El individuo me golpeó con el pie y mi ama, la bella y adorada Merche, me increpó:

—¡Bestia, envidioso! ¡Largo de aquí!

Huí cubierto de ignominia, lleno de dolor, sin comprender nada. A mí, por lo visto, se me despreciaba porque no era capaz de enderezar el remate de mis orejas; pero aquel repugnante animalejo que venía a desposeerme tenía dos enormes apéndices auriculares, tan caídos que casi le arrastraban por el suelo y, sin embargo, se le consideraba perfecto.

Entonces, por primera vez, me di cuenta de lo injusto y arbitrario que es el mundo que nos rodea.

II

Al día siguiente, muy de mañana, salí de aquella casa. Era una madrugada oscura, lluviosa, triste. Merche dormiría tranquilamente cuando me sacaban a rastras, para entregarme a un basurero. Pienso que los amargos y agudos lamentos, con los que inútilmente me rebelaba contra mi suerte, debieron despertarla, pero no la conmovieron. La

experiencia, facultad que consiste en aceptar lo absurdo sin protestas, me faltaba entonces. Aún creía yo en mi propia importancia y debía pensar con ingenuidad que el mundo estaba a mi alrededor para servirme.

El basurero me izó al carro y me ató entre un montón de inmundicias; lancé un postrer lamento y el hombre me atizó un soplamocos.

—Vamos, chucho, menos tonterías. Hay que tomar las cosas como vienen.

Empezaba a recibir lecciones útiles.

—¿Qué demonios traes aquí? —inquirió la mujer del basurero, cuando me vió.

—Una fulana, que se ha cansado de él y me lo ha repasado.

—¿Y vamos a darle de comer nosotros?

—Por éste saco yo un billete; ya lo verás.

Me ataron dentro del barracón que les servía de vivienda, albañal donde todo era sórdido y mal oliente: desperdicios, trapos, basuras de la peor laya. Me hice un ovillo, lleno de pánico, tembloroso. ¿Qué iba a ser de mí? A mediodía, el basurero me arrojó unos huesos que había sacado del montón de inmundicias. Acostumbrado a regalarme a tentebonete con gustosos manjares, ladeé el hocico, con remilgos de asco.

—¡Hola! ¿Somos delicados de estómago? Veremos lo que comes tú con el tiempo.

Por la noche, mi terror y mi melancolía me llenaron de angustia y me hicieron prorrumpir en amargas quejumbres, que el basurero, al ver su sueño interrumpido, me calmó con unos cuantos puntapiés. Otra lección de la experiencia: lamentarse ante las cosas era, no sólo inútil, sino contraproducente.

Hasta entonces yo había tenido de los hombres un elevado concepto; me parecían seres superiores, limpios, solícitos, amables. Pero cuando vi al basurero y su mujer haciendo expurgo entre la cazcarria que transportaban en su

carro, comenzó a entibiarse mi admiración por la especie humana. La mujer del basurero, de continuo desgredada y sucia, se pasaba el día renegando contra todo el mundo; a veces reñía con su marido y, en más de una ocasión, los vi acometerse a porrazo limpio. Por la noche, después de la repugnante faena diaria, trasegaban a medias una botella de vino bebida a galillo y luego roncaban estrepitosamente. Yo los despreciaba y, sin embargo, cuando se aproximaban a mí meneaba servilmente el rabo, mendigando una caricia o algo de comida. En tan mísera condición dejé de hacer asco a las carroñas que me servían, con gran satisfacción del basurero, que recordaba siempre, regocijado, mis primeras repugnancias hacía tal comida. Después he visto que los hombres gozan más rebajando cualquier superioridad ajena que elevándose hasta ella.

Por las noches me proporcionaba cierto alivio la compañía de *Clemente*, un borrico viejo y escuálido de larga pelambarrera, descarnada osamenta y agudo espinazo. Tiraba del carro de los basureros y estaba ya de vuelta de las cosas. De vez en cuando me miraba con miseratamiento, con sus grandes y apagados ojos, como diciéndome:

—No te preocupes por nada; no vale la pena.

El basurero trajo algunas personas para tratar respecto a mi venta, señuelo al que debía todo el regalo que él me daba.

—Bien poco pido por un cachorro lobo de pura raza.

—¿De raza con esas orejas? ¡Vamos, hombre!

La cosa había perdido ya novedad, pero continuaba chocándome. Por un lado recordaba los apéndices caídos del «cocker», que tan injustamente me había suplantado; por otro, tenía ante mí el ejemplo diario de *Clemente*, el sufrido jumento, con dos largas orejas tiasas y agudas que, sin embargo, no le valían de maldita la cosa.

La conclusión que yo obtenía de tales arbitrariedades era que los hombres pedían orejas erectas al que las tenía

caídas y gachas al que le salían tiesas, y así no había manera de entenderse ni medrar.

El basurero tenía su cobijo en un descampado, en el barrio de Tetuán de las Victorias. Disfrutaba ya de libertad y podía ir y venir a mi antojo por los alrededores; todo lo que se me ocurrió con esta ventaja fué utilizarla para hozar en los vertederos, en busca de comida. Con el tiempo he visto también que esto es lo que ocurre siempre con la libertad. Todo el mundo pía por ella y cuando se tiene, se utiliza sólo para remover estercoleros o cosa análoga.

Me habría sentido feliz entre toda aquella miseria si la mujer del basurero me hubiese dejado tranquilo. Pero la arpía aquella me tenía declarada guerra a muerte. De continuo estaba echando en cara a su marido el haberme traído a tanto regalo sin utilidad para ellos. Cuando llegaba a estas recriminaciones, su consorte, que era hombre de pocos aguantes y manos largas, recurría a la dialéctica del trompazo y la atizaba un buen revés que no tardaría yo en ver duplicado sobre mis lomos, como venganza de su digna esposa. Hasta que un día, en ausencia de su marido, se arregló ella para buscarme comprador. Recuerdo —vergüenza me da decirlo—, que pagaron por mí diecisiete pesetas, que diecisiete veces diecisiete mil se la conviertan a ella en porrazos sobre sus costillas y por la mano nada suave de su cónyuge.

El único consuelo que me queda es que, conociendo al basurero, tengo la seguridad de que mi maldición habrá sido cumplida y con un buen sahumero de añadido.



Fui a parar a Segovia, a casa de un prestamista que se llamaba Matías y que era un tipo ruín, a cuyo lado el basurero y su mujer se transformaban en evocaciones seráficas.

Bajo y cabecigordo, tenía la tez olivácea, los dientes re-negridos, descabalados, con vetas amarillas de cerote de sacristía; en los labios salivosos, rezumantes siempre de espumilla las comisuras, llevaba de continuo adherida una mugrienta punta de cigarro; de tarde en tarde la descabalgaba de su lecho, sacudía un poco la contera de ceniza y la encendía con una larga y apestosa mecha. Nunca se beneficiaba con más de dos o tres chupadas y, por no desperdiciar ripio, las daba tan hondas que el humo debía de llegarle hasta los calcañares. Pelado en todo tiempo a rapaterón, gustaba de acariciarse el mondo cráneo con una mano abierta, frotándoselo blanda y amorosamente, como lomo de cerdo.

Tenía este hombre un mezquino establecimiento de compraventa en una de las callejuelas próximas al Azoguejo. El local era oscuro, destartado y estaba lleno de toda clase de enseres. Allí se pasaba el prestamista las horas muertas sobándose la rapada cabeza, parapetado tras el baluarte del mostrador, en aguardo de pieza. Entendía bien el trapicheo del negocio y hacía su agosto con los apuros de las pobres mujeres que acudían con hatillos de ropa y pretendían ablandarle con lágrimas y miserias. Cuanto mayor era la necesidad, más pequeña era su oferta y ahí estaba el toque del negocio. Si éste había sido bueno, el hombre no podía ocultar su satisfacción y me hacía objeto de sus confianzas.

—¿Qué te parece? ¿Soy yo, por ventura, el padre de toda esta gente para sacar de apuros a nadie? Cada uno a lo suyo y yo a mi ganancia. Así es la vida, si señor, y como te hagas de miel te comerán las moscas.

Casi huelga decir que con tal amo andaba mi estómago a la cuarta pregunta las más de las veces. Matías consideraba que la necesidad de comer era un imperdonable fallo